

## CAMPAÑA AÑO NUEVO - CERRO CACHIL POR KILKA (2609 msnm)

Del viernes 31 de diciembre de 2021 al domingo 2 de enero de 2022

**Referente:** Norma García

**Ayudante:** Gustavo Zingaretti

La caminata es el lugar de una ética elemental a la altura del hombre. Hombres y mujeres se cruzan y están de entrada en un reconocimiento esencial unos de otros, se saludan, intercambian una sonrisa, una observación, informaciones sobre el sendero o su destino... La caminata es un universo de reciprocidad, retorno a las fuentes de una humanidad común donde el otro no es ya un adversario sino un hombre o una mujer de quien uno se siente solidario.

David Le Breton, *Caminar. Elogio de los caminos y de la lentitud*<sup>1</sup>

La mañana del viernes 31 de diciembre auguraba sol, cielo despejado y unos 17 grados de temperatura, condición ideal para viajar. Sabíamos, de todos modos, que el pronóstico para el fin de semana no estaría a favor de nuestro propósito (caminar y caminar hacia lo alto), pero cual cabritas tozudas partimos hacia el Cachil —quince minutos más tarde de lo acordado porque esta humilde servidora entendió mal el horario—. Nos encontramos en la casa de Gustavo con algunxs compañerxs y con el resto en la ruta 22 camino a Senillosa.



<sup>1</sup> Le Breton, D. (2014). *Caminar. Elogio de los caminos y de la lentitud*. Buenos Aires: Waldhuter Editores.

No faltaron, como también era sabido, la buena charla, la buena música y el buen comer (larga vida a los alfajorcitos de Judith y a los brownies de chocolate de Elisa).

Luego de pasar Primeros Pinos, tomamos el camino hacia Kilka y nos detuvimos unos minutos en la ruta 13 para ver justamente el río Kilka, que corre por el paisaje precordillerano entre araucarias, ñires, cañas colihue y cardos. Elisa nos regaló el primer susto del viaje al resbalarse para tomar una foto y caer cómodamente sentada por la ladera plagada de rocas sueltas y cardos, la foto atestigua la posición de llegada 😊



Arribamos al puesto de Irene alrededor de las 13 hs. Allí dejamos los vehículos, nos cambiamos, organizamos todo el equipo (mochilas, bastones, cascos, etc.), repartimos entre todxs la carne que cenaríamos esa noche —comprada por Javi, alias Dios<sup>2</sup>— e iniciamos la caminata hacia el puesto de Marciano Claqueo.

---

<sup>2</sup> Para mayor claridad de ciertas referencias, consultar personalmente a las personas implicadas 😊



El camino atraviesa un valle desde el cual pueden verse montañas y cerros con gran cantidad de araucarias, cipreses y otras especies vegetales. El bosque andino patagónico da lugar a extensos pastizales y mallines, matas y vegetación baja, una en particular con bolitas llenas de pequeñas espinas que se abrojan a la ropa. El paisaje rezuma belleza, aunque Norma, nuestra referente, nos cuenta que la vez anterior estaba mucho más verde, y el arroyo Limenco se veía más caudaloso. Las escasas nevadas del invierno se sienten en la ausencia de agua del estío.



El bajo caudal del arroyo nos permitió cruzar sin necesidad de vadear, por lo que resultaron más fáciles y rápidas las dos instancias en las que tuvimos que atravesar el curso de agua.



Mientras caminaba, extasiada por el paisaje y los sonidos de la naturaleza, pensaba en ese silencio de lo humano. Se oía la tierra, el agua, los insectos, los pájaros, nuestros pasos, pero no se oía la voz humana, caminábamos en serena introspección. Ahora leo el libro de Le Breton y encuentro este pasaje que me recuerda aquel transitar: “la caminata restaura la dimensión física de la relación con el medio ambiente y lleva al individuo al sentimiento de su existencia. Proporciona una distancia propicia con las cosas, una disponibilidad a las circunstancias, sume en una forma activa de meditación, solicita una sensorialidad plena”. Así andábamos, dispuestos, disponibles, en comunión con el presente.

A las 16 hs llegamos al puesto de Marciano, que nos recibió generosa y amablemente. Pusimos manos a la obra y armamos las carpas, después cada cual pudo disfrutar a su manera el resto de la tarde. Algunxs tomaron mates frente al puesto, otrxs caminamos hasta el arroyo y descansamos un rato sobre alguna piedra... Perros y chivitos nos miraban extrañados al principio, aunque no pasó mucho tiempo para que entraran en confianza y adoptaran la típica postura de pedido de afecto y comida, era evidente que carecían de ambos.



Hacia el atardecer, luego de que Marciano regresara de buscar a sus chivos, Juan asó las entrañas y ojos de bife que habíamos traído para cenar. Teníamos, además, vino, cerveza y espumante para brindar, y gran cantidad de manjares dulces para festejar el comienzo de un nuevo año.



La cena alrededor del fuego y el momento que estábamos compartiendo propiciaron una charla amena y sentida sobre el año que cada uno había vivido y sobre lo que esperábamos para el venidero. Brindamos, pedimos deseos a la luz chispeante de una bengala de cumpleaños que había llevado Sofi y nos fuimos a dormir temprano. Debíamos levantarnos a las 6 de la mañana para iniciar el ascenso al Cachil.

El sábado nos despertamos a las 6:10 y luego de desayunar y organizar el equipo, nos reunimos frente al puesto. Había viento y el cielo estaba parcialmente cubierto, se anunciaba lluvia a partir del mediodía. Salimos hacia el Cachil a las 7:15. Hicimos una parada luego de atravesar el bosque de araucarias, para desabrigarnos, y continuamos el ascenso. Ya en el faldeo, que estaba plagado de rocas sueltas muy puntiagudas, notamos mayor nubosidad y el insistente embate del viento.

Faltaban unos 40 minutos para llegar al col cuando quien suscribe obsequió al grupo el segundo susto de esta travesía. Por no abrigarme a tiempo (me había sacado el polar al salir del bosque y me había quedado sólo con la primera piel y la campera impermeable), experimenté un principio de hipotermia. Realmente no me había dado cuenta del frío que tenía hasta que sentí que se me congelaba el pecho y que no podía mover las manos. Estaba más preocupada por el viento que me empujaba mucho y me dificultaba la marcha, pero no había reparado en la acción del frío. Juan, que caminaba delante de mí, notó que yo no estaba bien (me había preguntado dos veces cómo me sentía y yo le había dicho que bien, porque negadora...). Afortunadamente no me creyó y fue a decirle a Norma. Mientras eso sucedía, Sofi y Elisa vinieron en mi auxilio y me ayudaron a abrigarme, ni siquiera podía abrir la mochila. Gustavo recordó que yo llevaba un termo con té (siempre llevo agua fría y una bebida caliente) y me alcanzó una taza. Sinceramente no podía pensar, sólo podía sentir cómo temblaba mi cuerpo.

Una de las frases más conocidas de la filosofía de Spinoza dice: "Nadie sabe lo que puede un cuerpo", experiencias como estas (y otras tantas cabalmente más dramáticas) actualizan el sentido de esa afirmación, mi cuerpo tardó en recuperarse, pero se recuperó, y esa recuperación no habría sido posible sin la ayuda solidaria de mis compañerxs, que actuaron raudxs y eficientes y que con sus propios cuerpos me protegieron. La solidaridad a la que hace referencia el epígrafe

de este texto y la sentencia spinoziana aúnan potencia en ese abrazo que recibí en la intemperie, abrazo contenedor, sanador, revitalizante. Inmenso agradecimiento por tanto cuidado.



Las nubes y el viento complicaban la empresa, y este episodio cual frutilla de postre, vino a resolver la cuestión. Norma decidió que volviéramos. Iniciamos el descenso alrededor de las 10:30, por otro camino —tan bello como aquel por el cual subimos— que nos internó en un bosque de ñires y cipreses. Apenas llegamos al puesto, comenzó a llover.

Marciano había carneado un chivito para la cena de ese día. A las 15 hs lo puso frente al fuego y a las 17:30 ya lo estábamos comiendo. “En el entre”, parafraseando muy mal a Nietzsche, Mirta y Sofi se dieron a la tarea de preparar unas tortas fritas, que Marciano cocinaba y colocaba en una fuente para que nos sirviéramos. Surgieron nuevas charlas y relatos, la risa siempre presente.





Nos fuimos a dormir alrededor de las 22 hs, pero la noche no terminó ahí, merecen una mención especial los sucesos ocurridos en la oscuridad... Como no paraba de llover y de ventar, algunas carpas sufrieron las consecuencias... sobre todo las que, según expertos en la materia, estaban mal armadas... Mirta, Elisa y Norma terminaron durmiendo en el quincho de Marciano. A la comitiva ranchera se sumaron Sofi y Judith a eso de las 2 a.m., porque una rama de araucaria tuvo la genial idea de lanzárseles encima —es que las chicas son irresistibles—, por fortuna sin perjuicios para ellas ni para la carpa. Eli, Cefe y yo resistimos férreas —a base de risas estridentes, chistes y constataciones regulares del avance de la tormenta sobre nuestra carpa— la noche entera. No dormimos nada por supuesto.

A las 7 nos levantamos, desayunamos mientras compartíamos los acontecimientos ya relatados, nos preparamos, agradecemos de mil amores a Marciano por su hospitalidad —le dejamos comida y remedios que vimos que podrían serle de utilidad— y salimos a las 9 hacia el puesto de Irene.



Esta vez el arroyo traía más agua, pero igual pudimos atravesarlo pisando las piedras más grandes y firmes, aunque no sin mojarnos. Llegamos a las 11 al puesto de Irene. Nos cambiamos, arreglamos cuentas y partimos hacia Aluminé para almorzar opíparamente —como francamente hicimos durante todo el viaje— en La posta del Rey. Emprendimos el regreso a Neuquén alrededor de las 15 hs, llegamos todxs entre las 19 y las 20.

Mark Strand, poeta y ensayista canadiense, escribió este poema hermoso: “En un campo / yo soy la ausencia / de campo. / Esto es / siempre así. / Donde sea que esté / yo soy lo que falta. / Cuando camino / parto el aire / y siempre / el aire ingresa / a llenar los espacios / donde ha estado mi cuerpo. / Todos tenemos razones / para movernos. / Yo me muevo / para dejar las cosas intactas”.

Todxs tenemos razones para movernos... nosotrxs nos movemos para sentir la vida, para experimentarla, para conocer, para recordar a aquellos con quienes la compartimos —como nos expresó Mirta cuando nos contó del viaje que hizo después de la partida de Cato: “yo sentí que estaba más cerca de Cato”—. Porque todo lo que acontece, acontece en el cuerpo —dice Le Breton: “No hay mundo más que a través del cuerpo”—; cada viaje, cada montaña que subimos, cada risa, cada llanto compartido, cada temor, cada abrazo, cada alegría, cada baile, cada canto... se queda con nosotrxs, que compartimos el mismo amor por la montaña y el camino.

Gracias a la vida que nos ha dado tanto, gracias a cada unx de ustedes por esta experiencia única y maravillosa. Por un 2022 de más viajes con el GAEMN.

Aixa Rava